

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Cuerpo y maternidad. Cuerpos embarazados,. ¿cuerpos embarazosos?.

Eugenia Zicavo.

Cita:

Eugenia Zicavo (2009). *Cuerpo y maternidad. Cuerpos embarazados,. ¿cuerpos embarazosos?. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2181>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpo y maternidad

Cuerpos embarazados, ¿cuerpos embarazosos?

Lic. Eugenia Zicavo

Becaria doctoral CONICET- Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales- Universidad de Buenos Aires

ezicavo@mail.fsoc.uba.ar

La presente ponencia propone una aproximación a la dimensión simbólica de los cuerpos de las mujeres, explorando diversos modos de procesar socialmente la relación entre cuerpo y maternidad. En la época actual -caracterizada por un creciente “culto al cuerpo”- en la que, al ritmo de la emancipación de las mujeres, las imágenes legítimas de belleza femenina se han vuelto cada vez más opresivas, ¿los cuerpos embarazados, se habrán vuelto embarazosos? Durante el embarazo se produce una transformación corporal sin precedentes que se desarrolla en un período acotado y que, a pesar de contar con ciertos ideales estéticos (panzas pequeñas y redondeadas, mejillas rozagantes), opera como una “moratoria permisiva” con su arsenal de “antojos” y “felices transgresiones”. Se trata de un cuerpo afectivizado, atravesado por las emociones; un cuerpo sobresignificado, cuerpo-signo por excelencia, símbolo de fertilidad y prosperidad. Durante el embarazo, la mujer circunscribe más que nunca su mundo al cuerpo y a lo simbólico que su cuerpo encarna. Se trata de un cuerpo socialmente valorado que se resignifica de manera positiva, no sólo es portador de un signo distintivo e individualizante sino que se vuelve un cuerpo mítico, idealizado, al cual se adscriben características inmutables como la protección y el cuidado. La mirada social sobre el cuerpo embarazado posiciona al cuerpo femenino en un estatuto nuevo,

valorado, independientemente de cómo dicho cuerpo se haya ajustado hasta el momento a otros cánones valorativos –también socialmente apreciados– como la belleza y la esbeltez. El cuerpo embarazado para a ser, en sí mismo, un cuerpo bello, legitimado en tanto tal por su condición temporaria. Hay valores que lo diferencian del resto de las corporalidades; la promesa de maternidad se posiciona en el centro de la atención y el simbolismo social. Es, al mismo tiempo, un cuerpo misterioso, “que incluye en sí algo que no se descubre”, tal la definición de “preñado”, que da el diccionario de la Real Academia Española. Su espesor cobra otro sentido; su volumen otra significación. Pasa a ser tributario de otra sensibilidad.

La presente ponencia recoge avances de una investigación más amplia para la cual se han recabado testimonios de mujeres jóvenes pertenecientes a sectores medios y populares que habitan en la Ciudad de Buenos Aires a partir de la técnica cualitativa de entrevistas en profundidad (a través de la cual se obtienen enunciados, siendo a su vez una instancia de observación). Aunque cabe aclarar la herogeneidad de formas culturales que conviven dentro de dichos agrupamientos clasificatorios (sectores medios y sectores populares) se advierte un procesamiento cultural diferencial respecto a lo corporal en las mujeres de uno y otro sector. Diversas investigaciones han indagado ya las diferencias culturales vinculadas al embarazo y la sexualidad entre las mujeres de ambos sectores, sobre todo en lo relacionado al número de hijos, la edad del primer embarazo, los períodos intergestósicos y el uso de métodos anticonceptivos.¹ También varía el impacto de los modelos corporales mediáticamente instalados, en relación a las capacidades efectivas de intervención sobre el cuerpo en general, y durante el embarazo en particular. Si bien las mujeres de ambos sectores son interpeladas por las mismas imágenes corporales consideradas legítimas por el paradigma estético vigente (que resaltan lo delgado y lo liso como determinantes del cuerpo bello), el imperativo de imitación de dicho modelo es bastante más lábil en los sectores populares, en parte por falta de acceso al capital económico necesario que les permita una modelación del cuerpo en tanto bien simbólico. Por su parte, las mujeres de clase media destinan importantes sumas de dinero al cuidado corporal, que se incrementa durante el embarazo a modo de prevención, de intento por no dejar rastros, con la preocupación por recuperar, cuanto antes, el cuerpo perdido. Asimismo, existen en ambos sectores, aspectos divergentes en la discursividad social circulante acerca del cuerpo, distintos saberes prácticos para actuar desde y sobre el cuerpo en la vida cotidiana. Dado que un análisis comparativo minucioso requeriría de un desarrollo que excedería los límites de esta

¹ Entre otros, ver: Margulis, M. y otros; 2003. Juventud, cultura, *sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Biblos y Margulis, M.; Urresti, M.; Lewin, H. y otros. 2007. *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires. Investigaciones desde la dimensión cultural*. 2007. Buenos Aires: Editorial Biblos.

ponencia, acotaré el objeto de estudio y me centraré en los imaginarios y mandatos circulantes referidos al cuerpo durante el embarazo entre las mujeres de clase media, dejando para futuras intervenciones el análisis exhaustivo de dichas variables aplicadas a los sectores populares.

PONER EL CUERPO

En su libro *Historia de la belleza*, George Vigarello menciona que el modelo de belleza del siglo XX (que continúa en este siglo) se inaugura con un cambio de silueta, una metamorfosis del ideal corporal femenino en la cual el aspecto que va ganando importancia para el nuevo canon estético es la delgadez: la belleza y el peso justo (aunque arbitrario) comienzan a ser indisolubles. El peso queda establecido como índice de lo bello, decretado como elemento primordial de la belleza femenina. La apuesta de la nueva silueta, en comparación con los modelos de belleza femenina de siglos anteriores, es claramente cultural. Se concibe al cuerpo como arcilla que se moldea. La silueta ya no se configura mediante una buena artesana y un corsé, como en el siglo XIX; ahora se modela con buenos ejercicios y voluntad. Se instala un imperativo: “sea el escultor de su propia silueta”. Se impone una convergencia, la de la estética y la del trabajo. (Vigarello, 2003: 224). Dicho paradigma parece quedar en suspenso durante el embarazo. Las representaciones corporales de la maternidad están asociadas a un cuerpo saciado y a la vez insaciable, satisfecho y antojado, permisivo. El saber cultural asigna permisos extraordinarios a ese cuerpo en expansión. Dentro del criterio de visión y división de los cuerpos, el cuerpo embarazado ocupa un casillero de prestigio frente al resto de los cuerpos, incluso de aquellos que cumplen con el paradigma del cuerpo legítimo. El cuerpo embarazado es un cuerpo apreciado cuya presencia demanda respeto y cuidados especiales por parte de la sociedad. Se trata de un cuerpo cómplice con el resto del cuerpo social, un cuerpo socialmente atendido en su desborde. Se construye una mirada recortada en la que el cuerpo embarazado reviste una particular relevancia simbólica. El embarazo se configura en un estadio temporal que suspende la imagen corporal anterior, que cambia las formas, el peso, las líneas que lo demarcan. Incluso la geografía del rostro se transforma. La boca es desbocada, sitio del apetito y la gula. También cambia la actitud hacia ese cuerpo, la mirada se dirige a un lugar nuevo, inusitado: el abdomen. Manos ajenas se posan sobre el vientre -sobre todo otras manos femeninas- y la panza pasa a ser protagonista temporaria del cuerpo. Es un cuerpo permisivo, abierto, glotón. Precisamente, todo lo que luego deberá dejar de ser para reinscribirse dentro de los parámetros de belleza imperantes. En sociedades donde las imágenes de belleza femeninas se han vuelto cada vez más opresivas, las mujeres saben que su “licencia de maternidad corporal” les durará poco. Por eso

se ha desarrollado toda una industria para reducir los efectos del embarazo en la piel. Cremas, tratamientos y gimnasias especiales conforman todo un arsenal cosmético dedicado a un cuerpo que ensancha sus formas pero que, en breve, tendrá que recuperarlas para volver a ser valorado socialmente como cuerpo bello. La maternidad plantea un cuerpo temporario, “a término”, con fecha de vencimiento pasados los nueve meses de gestación. Al igual que durante la adolescencia, el cuerpo embarazado es un cuerpo en desarrollo y, como en esa etapa de la vida, es un cuerpo que cambia sus formas, que deja vestigios. Son marcas, signos perennes del crecimiento o el embarazo, señales difíciles de borrar. Se trata de un cuerpo que se expande, se agranda, un cuerpo elástico cuya piel, al mismo tiempo, pierde “elasticidad”. Al término del embarazo, se trata de un cuerpo que suele quedar apartado de los ideales de belleza y sobre el cual se ha montado toda una industria: la de borrar de esos cuerpos las huellas de la maternidad. Atentas al cuerpo y sus mutaciones, las mujeres despliegan toda una serie de prácticas preventivas (no sólo orientadas a la salud, sino exclusivamente a la estética) y de técnicas corporales (yoga, gimnasias especiales, etc.) que apuntan a mejorar distintos aspectos de su cuerpo durante este período.

De las entrevistas realizadas a mujeres profesionales de clase media que habitan en la Ciudad de Buenos Aires, surge que los cuidados corporales durante el embarazo son habituales (cremas, aceites, tratamientos para prevenir posibles estrías o marcas en la piel), para los cuales destinan una significativa inversión de recursos. Sin embargo, la importancia conferida a dichos cuidados preventivos aparece en ocasiones minimizada, como si, en relación a las implicancias de la maternidad, fuera una frivolidad ocuparse de algún aspecto corporal que no refiera a lo estrictamente médico. Las mujeres operan sobre su cuerpo con asistencia médico-dermatológica (y en general con resultados efectivos a la hora de morigerar las huellas del embarazo) pero al mismo tiempo, le restan importancia a esa inversión de dinero, tiempo y cuidados. No se trata necesariamente de una contradicción. El mandato opera a nivel de las significaciones y, mientras dura la gestación, la mirada social suspende las exigencias estéticas que habitualmente pesan sobre los cuerpos de las mujeres. Si hay un mandato social implícito es la lozanía, la salud, no la belleza. En ese sentido, el cuerpo embarazado no es demandado en tanto artilugio (de formas y contornos maquillados, de intervenciones estéticas) sino en tanto naturalidad. Siguiendo a Margulis, “hay que sospechar de toda apelación a la naturaleza: suele ser un indicador de la ideologización del discurso, el soporte retórico de una falacia. Ni siquiera en el cuerpo humano, en la biología, se puede ahora sostener plenamente esa apelación a la naturaleza. También en la constitución del plano corporal y biológico del hombre interviene la cultura” (Margulis, 2009: 22). El embarazo remite a una serie de imágenes construidas históricamente, que apelan a lo natural, a lo primitivo, que construyen toda una simbología asociada a la madre tierra, a la madre nutriente, a la madre naturaleza. El campo

simbólico de la maternidad es uno de los más ricos: la madre como tierra fértil (de allí la apelación a la “fertilidad” tan difundida) y al mismo tiempo como arcilla, cuerpo moldeado por la misma naturaleza, sin intervenciones ni artilugios. Si hasta entonces el cuerpo femenino era depositario de los imperativos sociales asociados a lo bello, ahora se erige como cuerpo-signo que no depende de dichos parámetros (o, al menos por un tiempo, no exclusivamente).

Entre las mujeres de clase media, el lugar del cuerpo en la actualidad no es la gravidez, sino que ésta es más bien su excepción. A diferencia de otras épocas en las que eran más comunes los embarazos numerosos (lo cual hacía que el embarazo fuera una forma de vida para muchas mujeres durante varios años) actualmente el embarazo es un “estado de excepción” para la mayoría de las mujeres, que aspiran a recobrar su figura, borrar sus huellas (estrías, marcas, flacidez) y recuperar ese cuerpo que quedó en suspenso.

MUJERES, CUERPOS, CONTORNOS

Siguiendo a Pierre Bourdieu, el cuerpo humano no es un mero resultado biológico sino también un producto social, atravesado por la cultura y por relaciones de poder, de dominación, de clase, que se manifiestan en las distintas formas de modulación de la apariencia física, con particular énfasis en lo referido a los cuerpos femeninos. El embarazo, más que ninguna otra experiencia, encarna literalmente en el cuerpo. Las mujeres embarazadas son portadoras de un cuerpo valorado socialmente, tanto a nivel práctico –con prioridades asignadas en los espacios y servicios públicos– como a nivel simbólico. “Por medio del cuerpo el ser humano está en comunicación con los diferentes campos simbólicos que le otorgan sentido a la experiencia colectiva” (Le Breton, 1995:25). El embarazo dota al cuerpo de otro tipo de singularidad que, al tiempo de confirmar el reconocimiento del cuerpo individual, se encarna en lo global y lo colectivo. Se trata de un cuerpo construido culturalmente, asociado a imágenes protectoras y cálidas, cuerpo vinculado a un rol social determinado y que encarna (vuelve carne) toda una serie de constructos culturales. Si, tal como menciona Bourdieu, la distinción –esa calidad particular del porte y los modales– no es más que diferencia, desviación, propiedad relacional que sólo existe en y a través de la relación con otras propiedades, el cuerpo embarazado se distingue de los demás cuerpos al tiempo que se asocia con toda una imagería vinculada a su particular condición. Posturas y ademanes, aparecen en el cuerpo como una herencia social anclada en lo gestual. El cuerpo adopta una serie de movimientos suavizados que se “corresponden” con su “estado”, el embarazo implica también un amaneramiento, una modulación de las formas, de esa presentación del cuerpo en sociedad. El

cuerpo embarazado tiene un estilo particular, contenido y a su vez desbordado en su expansión. Las formas culturales vinculadas a la presentación pública del cuerpo embarazado remiten a un cuerpo decoroso, orgulloso de sí pero pudoroso. Entre las mujeres de clase media, las panzas en general van cubiertas, ocultan su piel. Sin embargo, se trata de un cuerpo que aún tiene puntos de contacto con el cuerpo representado por el realismo grotesco presente en la literatura de Rabelais estudiada por Bajtín, esa “especie de cuerpo provisorio, siempre en la instancia de la transfiguración, sin descanso. Un cuerpo siempre boquiabierto, que sólo puede estar en la abundancia, que apela, sin cesar, al exceso.” (Le Breton, 1995: 32). Es un cuerpo redondeado, hacia afuera, curvilíneo, panzón. La maternidad es expresión del cuerpo salido de sus propios límites, un cuerpo “fuera de sí”. En constante transfiguración, el cuerpo embarazado cambia, se expande, crece. Su forma desafía al cuerpo racional moderno, al cuerpo liso y sin asperezas. Por el contrario, se trata de un cuerpo que muta, que se modifica, que no controla sus límites. El cuerpo embarazado recupera el espíritu del carnaval pero rápidamente debe encauzarlo, medicalizarlo, normatizarlo. Someterlo a análisis periódicos, revisarlo. Pasa a ser un cuerpo cuya expansión hay que controlar. Un cuerpo que pide permisos y demanda cuidados. Lo que el cuerpo embarazado significa en su desborde, es contenido por el discurso médico, que lo restringe, lo censura, le prohíbe determinados hábitos. Los cuerpos embarazados deben ser, a la vez, cuerpos dóciles.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El cuerpo durante el embarazo es terreno del desborde, del exceso, un cuerpo que rebasa sus propios límites. El embarazo es un proceso de cambio constante, donde los bordes del cuerpo se vuelven inabordables, cuerpo rebosante que se vuelve más dependiente de su arraigo físico. Se le otorga un sentido diferencial a su espesor, que se vuelve signo positivo, socialmente estimado. Asociado a los antojos y a la saciedad, el cuerpo goza de una especie de moratoria estética, una tregua al imperativo social vinculado a las representaciones del cuerpo ideal femenino, que niega las redondeces y venera lo rectilíneo. Pero pasado este período, el mandato cultural vinculado a los modelos de belleza actualmente vigentes, exigen que ese cuerpo recupere sus contornos, su apariencia, su forma anterior: los signos del embarazo tienen que ser reversibles. En especial en las clases medias y altas, el cuerpo es pensado como sustancia pasible de ser remodelada e intervenida y el cuerpo bello, delgado y saludable, se aplica como criterio para definir qué formas se adecuan a lo dominante y cuáles, por el contrario, denotan y connotan lo subordinado. Las diversas estrategias de intervención estética que despliegan las mujeres en los sectores medios, se ven reforzadas

durante el período del embarazo en el que el cuerpo muta y se agranda. En consonancia con las representaciones del cuerpo embarazado como territorio de lo “natural” por excelencia, se relativizan dichas intervenciones, mientras se afianza una voluntad por recobrar formas corporales que se correspondan con el paradigma estético dominante. Más que nunca, entre las mujeres de sectores medios, el cuerpo embarazado es un cuerpo provisorio que debe volver a su cauce, que alberga la esperanza de recuperar su carne, su apariencia anterior. Una vez pasado el embarazo, el mandato estético sobre el cuerpo implica la negación de su devenir, un cuerpo que debe evaporar las huellas de su historia, sus marcas, sus rastros.

Bibliografía

- Bajtin, M. (1989): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de Françoise Rabelais*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bourdieu, P. (1986): "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo", en W. Mills et al., *Materiales de sociología crítica*, Madrid: La Piqueta.
- Le Breton, D. (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Margulis, M; 2009; *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Biblos
- Margulis, M. y otros; 2003. *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M.; Urresti, M.; Lewin, H. y otros. 2007. *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires. Investigaciones desde la dimensión cultural*. 2007. Buenos Aires: Biblos.
- Rella, F. (2004) *En los confines del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vigarello, G. (2005) *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wolf, N. (1992) *O mito da beleza. Como las imagens de beleza sao usadas contra as mulheres*. Río de Janeiro, Brasil: Editora Rocco.